

EL AGENTE DE LA SALUD ANTE EL HOMBRE SUFRIENTE

Ante un mundo cada vez más competitivo y exigente y una cultura cada vez más materialista y consumista, el ser humano se ve compelido a una vida más activa y acelerada para no quedar al margen de todas las exigencias que impone la vida actual; se siente desbordado e incapaz para asumirlo todo.

Esta situación exigente, con un estrés continuo lleva, con el tiempo, a un desgaste físico y psíquico que deteriora inexorablemente su calidad de vida.

A esta visión general es necesario agregarle una visión más profunda, que va a la esencia del ser humano, y es la lamentable y creciente secularización de las estructuras, incluso de la propia familia. Esta “ausencia” de Dios en la vida personal lleva a un vacío existencial y a una pérdida del sentido de la vida, que también repercute sobre su calidad de vida.

Sufrimiento.

Es fundamental que el agente de la salud comprenda claramente el mecanismo del sufrimiento para que su acción terapéutica sea lo más efectiva posible.

“Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Sin embargo, nadie escapa a la experiencia del sufrimiento” (CATIC 385).

Debemos tener claro que venimos de Dios y terminamos en Dios, entonces es totalmente ilusorio e ilógico que en el peregrinar de nuestra vida vivamos al margen de Dios. Este estilo de vida, tan frecuente en la vida actual, es la causa básica de nuestros sufrimientos.

Todo ser humano normal desea ser feliz. El hombre, naturalmente, tiende al bien, a la belleza, a la verdad, a la paz, que sólo se encuentran, genuinamente, en Dios que es la fuente de la felicidad. El ser humano se encuentra desorientado al no encontrarla ya que la busca por donde no pasa. Confunde la felicidad con los goces transitorios y cree que la suma de goces transitorios lleva a la felicidad, lo cual es un craso error.

Obtenemos la felicidad cuando estamos en común-uniión con Dios y esto sólo lo logramos cumpliendo sus mandamientos: *“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10,27)*. La felicidad es *consecuencia* de este cumplimiento. Sólo así encontramos la felicidad, la salud total. Teresa de Calcuta afirmaba que *“la mayor satisfacción es el deber cumplido”*.

Cuando uno busca la felicidad en forma “directa” -poder, dinero, genitalidad, etc.- ésta se le escapa (V. Frankl). Kierkegaard decía: *“la puerta de la felicidad se abre para afuera y al que intenta derribarla se le cierra”*.

“La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud” (CATIC 1500).

“La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona mas madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él” (CATIC 1501).

En estas dos citas se basa la trascendencia de la acción que tiene de desarrollar el Agente de salud cuando actúa responsablemente.

Concepto de salud.

A propuesta del croata Andrija Stampar, un pionero de la Salud Pública mundial, la Organización Mundial de la Salud (OMS), en 1946, incorpora en su Constitución la definición de salud: “es el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no sólo la ausencia de afecciones o enfermedades”.

Esta definición representó un notable salto cualitativo ya que en ese momento el modelo hegemónico mundial era una atención médica reparativa y centrada casi exclusivamente en la enfermedad.

Esta definición ha sido objeto de numerosas críticas, pero a pesar de ello todavía sigue teniendo vigencia porque no se ha propuesto ninguna otra que la supere.

No obstante, es una definición restrictiva. Teniendo en cuenta las características estructurales del ser humano, *espíritu encarnado*, no podemos obviar en una definición de salud el componente espiritual que es el la característica esencial del género humano.

Actualmente se han incorporado la Promoción de la salud y la Prevención de las enfermedades lo cual integra eficazmente todo lo relacionado al tema Salud.

Vemos, entonces, que la salud desborda ampliamente lo biológico y logra una armonía física, psíquica, social y espiritual. Una persona sana, además de no tener enfermedades, debe tener gusto por vivir, por servir; debe tener alegría y paz; básicamente debe tener amor, que es la clave de la vida y lo que le da el verdadero sentido a la vida.

La salud es un derecho fundamental pero también es un deber y tenemos que cuidarla responsablemente. Fundamentalmente debemos tener el concepto de que *la salud es siempre mejorable* física, psíquica, social y espiritualmente; siempre podemos mejorar o aumentar nuestra calidad de vida.

Dirección preferencial de la acción del Agente de la Salud.

La acción debe estar dirigida preferencialmente a los grupos más necesitados y/o vulnerables: enfermedades crónicas, enfermedades mentales, enfermedades terminales, discapacidad, alcoholismo, tabaquismo, drogadicción, encarcelados, mujeres con embarazo no deseado, desocupados, adultez mayor, personas en duelo de todo tipo, excluidos sociales –alimentación, educación, salud, vivienda, indumentaria, trabajo-, etc. Entorno familiar de estos grupos.

Pero la acción debería estar dirigida *idealmente* a toda la población: globalmente, a través de la educación sanitaria y social aprovechando todos los medios de comunicación social e individualmente, a través de nuestra acción directa.

Agentes de la salud.

Para poder realizar eficientemente su trabajo, el agente de la salud debe aunar al mismo tiempo, profesionalización, espíritu de servicio y tener conocimiento e involucramiento con los temas de bioética para poder defender la vida desde su concepción hasta su destino final. Hay temas –aborto, eutanasia, etc.- muy amenazados en los últimos tiempos, que son una preocupación para todos los defensores de la vida y los Agentes de la Salud deberían ser los máximos adalides en esta lucha.

Juan Pablo II decía que el trabajo del agente de la salud es “*una forma de testimonio cristiano*”. Efectivamente, el cristiano debe serlo durante las veinticuatro horas del día y cuanto más, cuando estamos frente a un hermano necesitado, sufriente...

Todos los agentes de la salud debemos realizar nuestra labor amorosa y desinteresadamente recordando las palabras de Jesús: “*Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo*” (Mt 25,40).

Dentro de todos los agentes de la salud merece una especial referencia la relación médico-paciente. Ésta se caracteriza por una acentuada asimetría por numerosos factores -conocimientos, elección previa, confianza, etc.-. El médico tiene que esforzarse para “horizontalizar” la relación. El médico debe prodigar generosamente amor, atención, paciencia, simpatía e interés por el enfermo; debe saber escucharlo para ganarse la confianza del paciente, porque éste le entrega algo muy valioso que es su salud, y así la labor será más humana y efectiva.

Estas referencias hechas para los médicos son válidas para todos los agentes de la salud.

Como aporte fundamental, estimamos que todos los ciudadanos, especialmente los cristianos, debemos ser “Agentes de la salud”. Todos, en nuestra vida de relación, podemos contribuir con nuestras acciones habituales a una vida más saludable, a un aumento en la calidad de vida y así haremos nuestro aporte a la construcción de “*la civilización del amor*”. Debemos tener claro que al obrar el bien, hacemos un favor a nuestros hermanos -y ésta es nuestra obligación primordial-, pero, al mismo tiempo, debemos saber que el mayor beneficiado es el que lo realiza.

Resumen: ante un mundo cada vez más competitivo y exigente y una cultura cada vez más materialista y consumista, el ser humano se ve obligado a realizar una vida muy activa que le lleva a un deterioro de su calidad de vida. Asimismo, la “ausencia” de Dios en las estructuras y en la vida personal marcan una impronta en ese sentido.

Todo ser humano evita el sufrimiento y desea ser feliz. Lamentablemente no encuentra la felicidad porque la busca por donde no pasa. Confunde felicidad con goces transitorios y cree que la suma de goces transitorios lleva a la felicidad lo cual es un craso error.

Dios es la fuente de la felicidad y la manera de lograrlo es *consecuencia* de la unión con Dios. Ésta sólo se logra cumpliendo sus mandamientos.

El Agente de la salud se encuentra en óptimas condiciones para encontrar a Dios a través su “trabajo”: servir amorosamente a su hermano “sufriente”.

Toda la comunidad, especialmente los creyentes, deberíamos ser “Agentes de la salud” en nuestra vida cotidiana. De esta manera contribuiríamos a la construcción de “*la civilización del amor*” y alcanzaríamos la felicidad terrena y la vida eterna.

Recordemos la sentencia de Jesús: “*Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres*” (Mt 5,13)...

Bibliografía recomendada:

Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes de Salud. 1998. *Carta de los Agentes de la Salud*. Buenos Aires. Paulinas.

Roberto Re y Mateo Bautista. 2004. *Nuestra salud mental*. Buenos Aires. San Pablo.

Víctor Frankl. 1990. *El hombre doliente*. Barcelona. Herder.

José Eduardo Hadad

Curriculum sintético:

Director de la Escuela de Ciencias Médicas de la UNL.

Profesor Adjunto de Patología Médica III de la UNR.

Especialista en Docencia Universitaria (UNL).

